

*ANOTACION III,*

*Errores sobre las cantidades tomadas por Lord Cochrane y sobre los enviados por San Martín.*

En la página 39 refiere Paz Soldán que Lord Cochrane en su primera expedición tomó setenta mil pesos, que los españoles remítan para embarcar en Huanchaco, y sesenta mil que tomaron en el puerto de Huarney, pertenecientes también a enemigos, y que estas ricas presas se debieron a los avisos que le daban los patriotas de Lima por conducto de los vecinos de Huacho, según lo confiesa Cochrane. Nada supimos los patriotas de Lima de las remesas de plata tomadas. Eran secretas, los españoles guardaban sobre ello el mayor sigilo, lo mismo que sobre sus otras operaciones mercantiles. Dudamos por esto que los avisos fueran de Lima, y nos inclinamos a creer que las noticias fuesen dadas por los vecinos del último puerto, quienes tuvieron facilidad de imponerse de las remesas por los arrieros que las condujeron. Pero sin embargo se le toma la palabra: fueron de Lima.

Indicaremos después lo que deducimos de esta aserción.

En la misma página sostiene: que la primera expedición de Cochrane tuvo por objeto ponerse en contacto con los patriotas. Pero poseedor el señor don Mariano de correspondencias interesantes, debe saber que los patriotas peruanos estuvieron en comunicación con los de Chile desde que se obtuvo el triunfo de Chacabuco y fueron los enemigos encerrados en Talcahuano.

En la página 44 refiere el autor de la historia, que San Martín desde Buenos Aires enviaba al Perú emisarios que se distinguieron por su actividad y celo, y entre ellos don José Paredes y el norteamericano don Pablo Jeremías.

Verdad que estos fueron hombres que se ofrecieron en sacrificio a la santa causa de la independencia americana, pero no es cierto que vinieron de Buenos Aires; se embarcaron en los puertos de Chile, y ambos prestaron servicios. El primero fue limeño, oficial del ejército real y que tomó servicio entre los patriotas, porque patrióticos eran sus sentimientos. Vive su esposa, la señora doña Carmen Noriega, patriota insigne y que tantos servicios prestó en los años de 20 y 21; habiendo sido muchos los americanos que salvó del furor español, entre otros su propio esposo. Denunciada la existencia de éste en una casa del Cercado, tuvo noticia de que lo debían prender y sola lo sacó de la casa en que estaba y lo ocultó

en otra, habiendo ocurrido nosotros a librarlo cuando ya lo había salvado su esposa. Vive esta señora, está instruida de este y otros sucesos de esos tiempos, y a ella me refiero en cuanto yo expongo, lo mismo que a los señores don Manuel Antonio Colmenares, don Gerónimo Agüero, don Manuel Odriozola, coronel don Pedro Torres, doctor don Nicolás Garay y demás que fueron o factores o testigos de los hechos, y que por fortuna viven.

El norteamericano Jeremías no sólo fue propagador de las ideas sobre independencia y obró por ellas, sino que fue un constante e incontrastable apóstol de la democracia. Era el predicador contra todas las tiranías, contra todo lo que se oponía a la democracia. Buen americano, ciudadano de la gran República fundada por Washington, nada le arredraba, nada temía, y este arrojo y este sistema de propaganda que lo distinguieron de otros, fueron causa de su prematuro fin.

De orden de San Martín y de Monteagudo fue fusilado en la plaza de Santa Ana, sin proceso, sin juicio, ni audiencia, ni fallo de juez competente. Esa funesta y atentatoria ejecución tuvo lugar sin aparato, y de un modo que mostraba que los autores no querían que de ella se hablase, porque estaban avergonzados. Tan precipitada y tan inesperada fue, que sólo trataron de deshacerse de un hombre, que, por cuantos medios estaban a su alcance, procuraba oponerse y se oponía a la idea favorita del Gobierno: fundar una monarquía.

Con la muerte de Jeremías pensaron los monarquistas que desaparecía toda idea de República y que era fácil entregarnos a un monarca, como la diplomacia europea entregó maniatada a la Grecia, haciendo un pequeño reino de la patria de Milcíades y de Temístocles.

Del asesinato de Jeremías no se dio el más pequeño aviso; no mereció que algo se indicase en la *Gaceta*, como se indicó el cometido con el desgraciado coronel Mendizábal, aunque sin nombrarlo. Quiso este malogrado jefe libertar a su patria del poder opresor que la privaba de sus garantías y se sublevó en San Juan con un batallón. Suponiéndolo reo de ese delito, a que la ley aplicaba la pena capital, sofocada la revolución y aprehendido, debió ser juzgado y sentenciado en el lugar en donde se perpetró el delito. Pero no fue así, y arrestado en Chile y remitido al Perú, en nuestra patria fue ejecutado, sin que hubiésemos los peruanos sabido quién lo juzgaba, ni dónde, ni por qué; y cuando Mendizábal,



criminal en las provincias argentinas, era inocente en nuestro suelo, que también le servía de asilo, nadie podía juzgarlo y mucho menos [haberlo] ejecutado. Las dos ejecuciones de Jeremías y de Mendizábal fueron dos golpes de autoridad, una escandalosa muestra del despotismo de ese Gobierno malhadado, y que con otros atentados contra las garantías individuales, causaron la destitución y destierro de Monteagudo, que tanto lamenta el autor de la historia, y a que nos contraeremos después. Por ahora me contentaré con referirme a la *Gaceta de[l] Gobierno* del miércoles 30 de Enero de 1822. Dióse en ella cuenta de este atroz atentado, y el papel ministerial se expresa así:

“Esta mañana a las nueve y media ha sido ejecutado con todo el tremendo aparato de la justicia, uno de los principales autores de la insurrección del batallón 1° de los Andes, acaecida en San Juan en la provincia de Cuyo en Enero de 1820. Hace honor a respetables patriotas el celo que han interpuesto en favor del reo; pero el Gobierno ha tenido que armarse con la firmeza de Bruto y cerrar los oídos al clamor de una noble compasión, y si tan respetables consideraciones no han bastado a salvarlo, que tiemblen los enemigos de la causa si quebrantan las leyes, si no se convencen de que ha llegado el turno de obedecer ciegamente donde hasta aquí han mandado con el más insolente despotismo”. (a)

Mendizábal no fue enemigo de la causa de la independencia, su acción no tuvo por objeto restablecer el detestado Gobierno espa-

[ (a) La transcripción correcta de la *Gaceta del Gobierno* (Lima, 30 de enero de 1822), Tomo II, No. 9, pág. 4, es: “Esta mañana, a las nueve y media, ha sido ejecutado con todo el tremendo aparato de la justicia uno de los principales autores de la insurrección del Batallón No. 1 de los Andes, acaecida en San Juan, en la provincia de Cuyo, en el mes de enero de 1820. Esta severa desgracia puso en el último peligro la libertad del Perú y sólo un grado heroico de constancia pudo sostener esta empresa a los que se habían propuesto realizarla, viéndose ya casi precisados a abandonarla para siempre. Hace honor a la generosidad de un gran número de patriotas respetables que sin embargo de haber participado los terribles efectos de aquella parricida maquinación, han interpuesto con el celo más ardiente su valimiento en favor del reo; pero el gobierno que contempla la necesidad de ser frecuentemente inflexible para no ser cruel, ha tenido que armarse de la firmeza de Bruto, y cerrar los oídos al clamor de una noble compasión, apoyada en el natural interés que inspiraba el reo por ser americano y por ser desgraciado. Si tan respetables consideraciones no han bastado a salvarlo, *tiemblen los enemigos de la causa* si quebrantan las leyes del país, y no se convencen que les ha llegado el turno de obedecer ciegamente, donde hasta aquí han mandado con el más insolente despotismo”.]

ñol, fue patriota y republicano; el castigo que se le impuso fue, pues, porque no quería sufrir el despotismo. La lección y la advertencia era contra los limeños liberales, patriotas y republicanos. Se propuso Monteagudo hacerlos temblar, pero no temblaron; que doblasen la coyunda a la monarquía que se les preparaba, al despotismo que se ensayaba y por el contrario supieron a qué atenerse y que tenían que emprender una lucha para ser libres y republicanos.

#### ANOTACION IV.

##### *Errores del autor sobre la conducta del enviado chileno.*

En el año de 1823 el Gobierno chileno acreditó cerca del Perú a un ministro público que lo fue D. Joaquín Campino. Este diplomático publicó las instrucciones que su Gobierno diera al general del ejército expedicionario, y esa publicación tuvo por objeto mostrar a los peruanos, que San Martín no había cumplido con las órdenes que se le impartieron. Llegó la referida publicación a manos del interesado, y entonces no pudo decir: "mi conducta fue conforme a esas instrucciones", porque para demostrar lo contrario eran notorios y estaban al alcance de todos los hechos recientes. Negó haberlas recibido, y dijo en sustancia, en su comunicación fechada en Mendoza en 28 de Julio, y dirigida al editor de *El Correo Mercantil* de esta capital: que no eran ciertas esas instrucciones, que el diplomático chileno había supuesto; que protestaba no haberlas recibido, y que lo que le habían ordenado los gobiernos chileno y argentino era, que marchase a libertar a los peruanos sus hermanos. Puede verse esto en la historia de Paz Soldán; hay pues dos aseveraciones que se contradicen, la del Gobierno chileno, que por su enviado publicó las instrucciones y sostuvo y aseguró que las dio al general de la expedición, y la de éste que afirma no haberlas recibido.

¿A cual de los dos asertos daremos crédito? ¿Al del Gobierno chileno o al del general del ejército? Es preciso fijarse en uno y creerle, valiéndose para ello de las reglas de una sana crítica. El autor toma un término medio, y cree que el Senado daría las instrucciones, pero que no se entregarían por O'Higgins a San Martín, temeroso de que éste se ofendiera. Si pone en duda que las instrucciones se dieron, cuando usa de esta frase: "*El Senado daría*